

Médico Henrique

Una vida dedicada a la medicina y la familia.



QAMANI

Médico Henrique

Una vida dedicada a la medicina y la familia.



*A la familia que guarda estas historias.
y a aquellos que aún están por descubrirlos.*

Resumen

al lector 5

PRÓLOGO · El tiempo de un árbol 6

PARTE I · La piedra y el mar. 7

1 La casa que estaba dentro de él. 8

2 Dieciocho días entre dos etapas de la vida 11

3 la puerta de la escuela 14

PARTE II · El trabajo y la casa. 17

4 Aprender a cuidar, aprender a enseñar 18

5 Ante lo que aún no se sabe 21

6 Lúcia, en el centro de la vida 24

7 El padre que llegó por la puerta. 27

PARTE III · Las casas de la memoria 31

8 El camino de Mar de las Pampas 32

9 España, otra vez 35

10 Lo que saben los nietos 39

PARTE IV · todavía hay mañana 43

11 Cuando la casa cambió de tamaño 44

12 Los días que continúan 47

EPÍLOGO · Para los que vienen después 50

Una vida en el tiempo 51

Las voces de la familia 52

al lector

UNA VIDA NO cabe sólo en lo que una persona cuenta sobre sí misma. También se conserva en el hijo que reconoce una voz al otro lado del muro, en la nieta que asocia a su abuelo con el olor de los periódicos, en el familiar que aún recuerda una despedida en el camino.

Este libro reúne esas perspectivas. Henrique conduce la historia de su infancia española, de su llegada a Argentina y de la medicina. Sus hijos, sus nietas, su nieto, su nuera, su tío y su primo añaden escenas que quizá él no habría elegido para presentarse: una maleta fuera de lugar, una clase de natación, un juego repetido, una sopa que llegaba cuando alguien enfermaba. Lúcia atraviesa esos recuerdos con una presencia propia, hecha de trabajo, acogida y personalidad.

Esta demostración adapta una biografía creada con Qamani a partir de la historia de una familia real. Henrique y sus familiares son personajes ficticios; los nombres, los detalles y las fotografías fueron recreados. Las imágenes son generadas por IA.

El libro termina como corresponde a una historia contada en vida: con espacio para lo que aún podría suceder.

El tiempo de un árbol

HENRIQUE QUERÍA SABER cuánto tardaba en crecer un pino. El abuelo respondió que tardaría treinta, tal vez cincuenta años.

El nieto aún era joven. Había regresado a España y pasó una temporada en el pueblo, acompañando a su abuelo mientras trabajaba la tierra. Ese hombre ya había vivido mucho tiempo. A Henrique le resultó extraña la fecha límite dada la edad de su abuelo.

La respuesta quedó.

"No voy a plantar para mí".

Décadas después, al relatar el episodio, Henrique todavía recordaba la explicación: los árboles eran para los que vendrían. Tu abuelo trabajó más que tú. No necesitaba estar ahí para que ese trabajo tuviera sentido.

En la misma visita, hubo otro regalo. Antes de irse, su abuelo abrió un cajón y le entregó una edición antigua de una antología de poesía gallega. En la memoria de Henrique, el libro era verde. Cruzaría el océano con un objeto que requería otra forma de paciencia: leer, no entenderlo todo, volver a leer.

Años más tarde, habría estudiantes junto a la cama, niños eligiendo profesiones y nietos descubriendo sus intereses. Muchas cosas que enseñó Henrique continuarían sucediendo fuera de su presencia. Sin embargo, antes de que pudiera transmitirlos, él mismo los había recibido.

La historia de los pinos es poderosa porque también habla de esta deuda buena: llegar a un lugar donde alguien trabajó antes que nosotros.

Para encontrar Henrique, debes regresar a la casa de piedra.

PARTE I

La piedra y el mar.

España, la travesía y los años de formación.



Niño Henrique, con padres y hermana.

La casa que estaba dentro de él.

CUANDO LE PREGUNTARON por un lugar especial, Henrique pudo elegir varios. Está la oficina en Rosario, la casa en la playa, las ciudades que visitó. Elige la casa de su abuelo en España.

Ahí es donde dice que va cuando se pone triste o enojado. Puede que esté físicamente lejos; el recuerdo lo lleva al río y a la casa. No es necesario comprar un billete para este viaje de vuelta.

"Es un lugar así, es un refugio".

Henrique nació en 1942, en una región rural cercana a Lugo. El pueblo era pequeño y las familias se conocían. La infancia aparece rodeada de familiares, tierra, agua y trabajo manual. La casa estaba hecha de piedra. Al recordar ese mundo, habla de las lámparas de aceite y de carburo, de la ausencia de electricidad y del asfalto. La distancia que la separa de allí no es sólo la del océano: es también la distancia entre modos de vida muy diferentes.

En esta familia la carpintería pasó de una generación a otra. Su abuelo, su tío y su padre trabajaban con madera. Mirando hacia atrás, Henrique resume la secuencia incluyéndose a sí mismo: él también podría haber sido carpintero. La medicina todavía no organizaba el futuro.

Uno de los compañeros de aquel inicio tenía una relación que la edad casi desmentía. Augusto era su tío materno, pero los dos nacieron muy juntos. En la vida de los niños los títulos importaban menos que la posibilidad de jugar juntos. Siempre que podían buscaban la compañía del otro.

Augusto conserva recuerdos que devuelven el movimiento a una infancia lejana. No había dinero para comprar juguetes. Las ruedas del carro salieron del

corcho y madera, elaborados a mano. Primero había que hacer el juguete. Entonces podría caminar por el suelo.

No todos los recuerdos son solemnes. Augusto habla de una pelea provocada por los perros en ambas casas. Un animal mordió al otro y este se enojó con Henrique. Hoy reconoce que el niño no tenía la culpa de lo que había hecho el perro. La amistad sobrevivió a la indignación infantil. El episodio no explica una carrera, no anticipa un destino. Sirve para devolverles a ambos el derecho a haber sido simplemente niños.



Henrique y Lucas en una visita a la región infantil de abuelo, en España.

También está la historia del maestro del que se decía que era muy severo. Según Augusto, el padre de Henrique trabajaba cerca de la casa de ese hombre. Cuando le preguntaron cuándo iría a la escuela, el niño habría expresado su resistencia debido a la fama de brutalidad del maestro, sin darse cuenta de con quién estaba hablando. La formulación exacta se perdió; quedó el recuerdo de la franqueza inoportuna del niño.

Así llega una infancia al presente: no a través de filmaciones continuas, sino a través de piezas que los sobrevivientes conservaron por distintos motivos. Henrique habla sobre el hogar y el trabajo. Augusto recupera juguetes, perros y una respuesta inconveniente. En conjunto, estos recuerdos muestran a un niño inserto en una familia, un paisaje y una comunidad, antes que cualquier título.

Luego, cuando los nietos conocieron esa región, también verían el tamaño físico de lugares que, en los cuentos, parecían enormes. Sofia recordaba una casa pequeña y un gran jardín, escuchando a su abuelo explicar dónde recogía fruta. Para ella visitar el lugar fue encontrar una parte del mismo que no se podía ver sólo en Rosario.

Esta casa no siguió siendo importante por haberse mantenido intacta en cada detalle. Siguio siéndolo porque Henrique continuó regresando a ella. Su primo Miguel Azevedo lo percibe en los viajes: incluso cuando el tiempo en España es corto, el paso por la aldea tiene una importancia que no se mide por la duración de la visita.

Al hablar del país donde nació, el médico lo resume: allí se siente como en casa. Al mismo tiempo, señala que los españoles lo consideran argentino. Hay una pequeña ironía en esta doble experiencia. El lugar al que regresa también ha aprendido a verlo como alguien que viene de muy lejos. La casa, sin embargo, no le exige que resuelva esta clasificación. Permanece disponible en la memoria.

Dieciocho días entre dos etapas de la vida

AUGUSTO GUARDA La partida como escena vista desde la carretera. Recuerda el lugar de la despedida y sigue a la distancia Henrique. Entonces, la noticia llegaría por carta.

Para los que se quedaron, el viaje comenzó como una ausencia. Para el chico que se marchaba, todo empezó como una sucesión de lugares que aún no había visto.

Henrique tenía ocho años cuando dejó España con su familia, según sus propios recuerdos. Sitúa el paso por el puerto de Vigo a finales de 1950. El niño de la región de Lugo conoció la ciudad portuaria antes de emprender la travesía oceánica. El viaje por mar duró dieciocho días.

Recuerda un barco italiano, pasajeros de distintos orígenes y una escala en las islas Canarias. El trayecto que él recuerda pasa por España, la travesía, Buenos Aires y, después, Rosario.

El niño abandonó su pequeño mundo y empezó a vivir con personas de distintos orígenes. El viaje le presentó diferencias que el pueblo no contenía.

La decisión de los padres buscaba una posibilidad de vida. En las narrativas familiares aparece el trabajo y la preocupación por el futuro del niño, incluido el servicio militar. Al recordar esta decisión, los descendientes reconocen en los padres de Henrique la voluntad de buscar otra perspectiva, aún sin saber cómo sería la vida del otro lado.

En Argentina, había familiares en Rosario y una perspectiva laboral vinculada a la agricultura. Henrique describe comienzos sin la facilidad que uno podría suponer, mirando hacia atrás en una carrera exitosa. Había gastos de migración que pagar, poco dinero y trabajo que no ofrecía de inmediato la vida esperada.

Su padre era carpintero. Este conocimiento le permitió emprender empresas y otras oportunidades. Posteriormente, pasó a trabajar en el interior de Entre Ríos, en lugares que Henrique asocia con Concordia y Gualaguaychú. La familia experimentó con caminos. La llegada a Rosario no eliminó por completo la necesidad de cambiar, probar y ajustar.

Su madre llegó a viajar a Entre Ríos para conocer la situación. Según Henrique, ella regresó después de ocho días. La brevedad de ese intento quedó en la historia familiar. Él permaneció en Rosario, como alumno interno del colegio. El proyecto de una familia no se desarrollaba en línea recta: el trabajo del padre, las decisiones de la madre y la educación del hijo necesitaban encontrar alguna manera de convivir.

Eduardo, el niño más pequeño nacido en Argentina, interpreta esta parte del pasado como un legado de resistencia. Para él, la inmigración rara vez comienza con la comodidad. El esfuerzo de los abuelos pasó al padre y llegó a los niños. Es la lectura de alguien que no vivió la travesía, pero vivió sus consecuencias.

Entre estas consecuencias estaba la exigencia de luchar por el propio camino. También estaba la insistencia en estudiar. La familia que no había llegado con suficiente dinero para asegurar el futuro del niño colocó la escuela en el centro de sus posibilidades.

La iniciativa decisiva, en este punto, vino de la madre.

Conoció una opción educativa, no quedó satisfecha y buscó otra. El colegio que quería era de pago. Aun así, consiguió allí una plaza gratuita para Henrique.

Del barco al aula, la historia cambia de escala. El cruce había tomado



Los padres de Henrique, en un retrato que conserva la familia.

el niño a Argentina. La escuela le daría los medios para elegir qué hacer allí.

la puerta de la escuela

EN LA MEMORIA DE Henrique, la madre no aparece solamente acompañando el cambio de país. Ella actúa. Examina la escuela, evalúa las condiciones, busca el colegio y consigue que su hijo estudie sin pagar.

Muchos años después, todavía reconoce la importancia de esa iniciativa. El hijo ingresó a una escuela que la familia simplemente no podía costear.

Henrique ya había empezado a estudiar en España. En Rosario, el colegio pasó a organizar sus años escolares. Allí también vivió como alumno interno cuando el trabajo de su padre lo llevó a Entre Ríos. Para él, la educación estuvo vinculada tanto a la oportunidad como a la separación. Estudiar significaba abrir caminos, pero también podía significar estar lejos de la vida cotidiana de sus padres.

No hay vocación médica que parezca preparada desde la más tierna infancia. La posibilidad de dedicarse a la carpintería formaba parte del horizonte familiar. Los recuerdos de los niños sobre su interés por la medicina apuntan a diferentes estímulos: una conversación escolar sobre la profesión, la presencia de colegas vinculados a familias de médicos, una conferencia, un interés por la mente humana. Cada uno guardó un pedazo de lo que escuchó de su padre. La ausencia de un origen único hace que la elección sea más reconocible. Se formó en el contacto con personas e ideas, dentro de las oportunidades que se presentaban. Henrique tuvo que estudiar, hacer exámenes, suspender en un intento y seguir buscando.

Henrique quería estudiar medicina en La Plata. La escuela vinculada al barrio universitario lo atraía por su tradición; la ciudad también tenía una importante comunidad española. Recuerda haber hecho un examen en un centro de exámenes y haber sido rechazado en la úl-

tima etapa. El futuro que había imaginado no se abrió.

Al regresar a Buenos Aires, encontró la posibilidad de realizar el examen para la facultad de medicina, en Córdoba. Al recordar el examen de ingreso de 1962, conserva recuerdos precisos: la competencia por las plazas y la alegría de encontrar su nombre entre los aprobados. Son escenas de su memoria, almacenadas como si la lista clasificada todavía estuviera frente a él.

Ese resultado no borra el anterior. El rechazo en La Plata pertenece a la misma historia que la aprobación en Córdoba. El camino del médico que luego sería buscado por estudiantes, compañeros y familiares también comenzó a puerta cerrada.

En Córdoba, el contacto con la clínica guió su interés. Según él, la enfermedad infecciosa se definió al final del curso. La elección no separó la enfermedad del razonamiento necesario para comprenderla. Años más tarde, sus descendientes reconocerían en él el placer de observar, formular hipótesis y seguir pensamientos hasta una posible conclusión.

André, que seguiría la misma especialidad, describe a un médico atento al encuentro entre información y persona. El examen no comienza simplemente con un resultado de laboratorio. Comienza con la historia escuchada, con lo que se percibe al mirar, con las preguntas formuladas en el momento adecuado. Esta forma de trabajar no nació como una herencia que el hijo recibiera ya hecha. Antes de poder transmitirlo, Henrique necesitaba aprenderlo.

Las prácticas clínicas y la residencia médica lo llevaron a Buenos Aires. A finales de la década de 1960, ya construía una vida profesional y, con Lúcia, una vida en pareja. El niño que había llegado de España dependiendo de las decisiones de sus padres comenzaba a tomar decisiones con efectos sobre otras personas.

Es tentador considerar la escuela simplemente como una preparación para un examen de ingreso a la universidad. Pero el recuerdo de la madre en el origen de esta experiencia sugiere algo mayor. Su educación fue un logro familiar antes de convertirse en un logro individual.

Muchos años después, cuando los niños hablaban de lo que recibieron de su padre, aparecería la formación en el centro. Financió estudios, impulsó caminos, exigió esfuerzo. El gesto de la generación anterior reapareció de otra forma.

El niño había entrado por la puerta que su madre había ayudado a abrir. El adulto se pasaba la vida abriendo y, a veces con demasiada dureza, empujando a otras personas a través de puertas similares.

PARTE II

El trabajo y la casa.

Medicina, Lúcia y vida con niños.



Henrique rodeado de familia en la oficina. La imagen reúne diferentes generaciones y trayectorias.

Aprender a cuidar, aprender a enseñar

LA CARRERA DE Henrique no se estableció de inmediato en Rosario. Antes hubo una etapa profesional en Santa Fe, ligada a los primeros años de una escuela de medicina en la región del Litoral. Recuerda una invitación, un contrato de dos años y el trabajo con las primeras promociones.

Fue en esta etapa cuando nació Beatriz, la primera hija. En la historia familiar, la ciudad marca al mismo tiempo el comienzo de una experiencia docente y el comienzo de la paternidad. Lúcia y Henrique construyeron un hogar mientras él construía su vida profesional.

La propuesta de ir a la universidad surgió como una oportunidad para acercarse a un centro médico con otras posibilidades. Henrique sitúa el cambio en 1971. Eduardo, al hablar de esta elección, considera que el padre supo percibir la oportunidad. Lo que se convertiría en una larga conexión con Rosario comenzó como una decisión entre posibles caminos.

En la universidad, Henrique necesitaba hacer visible para los estudiantes el razonamiento que lo llevó a una conclusión.

André almacena un ejemplo de este método. Durante las visitas a la sala, el padre escuchaba al interno, luego al residente y luego al asistente. Solo entonces reuniría la información y ayudaría a guiar el razonamiento. Los que sabían menos tenían un lugar para hablar antes de escuchar la respuesta de los que sabían más.

El hijo sólo comprendió plenamente el valor de este procedimiento cuando empezó a guiar también a otras personas. No fue una orden burocrática. La escucha secuencial nos permitió ver qué había observado cada persona, dónde había dudas y cómo se formó una hipótesis. Era una forma de enseñar sin invisibilizar al alumno.

Helena conoció primero a Henrique en ese papel. Antes de convertirse en su suegro, había sido su profesor de medicina. Al recordar su formación, ella destaca las visitas a pie de cama. Había algo que la clase teórica por sí sola no podía ofrecer: acompañar la transferencia del conocimiento a una persona concreta, con una historia que necesitaba ser escuchada.

El parentesco llegó más tarde, con el matrimonio de Helena y Eduardo. El tratamiento continuó. Continuó llamándolo doctor Henrique, ahora con la intimidad de quien podría reconocer al mismo hombre como maestro y familiar. El título no impidió el cariño; era parte de la historia entre los dos.

Las generaciones posteriores encontrarían otras formas de asistir a esta escuela. Alice pasó meses dando seguimiento a las consultas. Allí, su abuelo le enseñó a prestar atención al paciente y le explicó lo que observaba. Clara también tiene experiencias acompañando a su abuelo en el hospital, siendo estudiante. La autoridad que conocían desde pequeños tomó otra dimensión ante alguien que buscaba ayuda.

En las fotografías familiares, la oficina reúne estas relaciones. Henrique aparece en la oficina, rodeado de hijos y nietos. Lucas también está presente, con su propio camino aún abierto. La imagen no tiene por qué prometer la misma profesión para todos. Muestra un lugar donde se encontraron la historia familiar y el trabajo.

Al hablar de lo que considera más valioso en su carrera, Henrique destaca la formación de médicos. Su satisfacción no se limita a la producción académica. También está en quienes aprendieron a atender, investigar y decidir con responsabilidad.

Hay un reconocimiento formal en esta trayectoria. En 1999, se convirtió en profesor titular de la universidad. Años más tarde, en 2012, la facultad de medicina lo homenajeó entre los profesores jubilados. Son hitos de su carrera universitaria, no el final de la clínica: él sigue trabajando y sus nietas siguen aprendiendo de él.

La forma más íntima de medir esta continuidad está quizás a sólo unos pasos de distancia: en la habitación del André, al lado de la tuya.



Henrique y André en la oficina. Padre e hijo comparten enfermedad infecciosa y la posibilidad de seguir aprendiendo juntos.

Ante lo que aún no se sabe

EDUARDO CRECIÓ ESCUCHANDO medicinas en la mesa. Las historias del trabajo entraban en la conversación doméstica con tanta naturalidad como las cosas que habían ocupado el día del padre. Hubo curiosidad, razonamientos, preguntas. También estaba el malestar causado por una nueva enfermedad.

La aparición del sida marcó su infancia. Henrique estuvo involucrado en la atención y estudio de ese problema, y la familia entendió su angustia. Eduardo no describe la profesión como algo que el padre trajo a casa sólo en forma de cansancio. Recuerde el entusiasmo con el que hablaba de lo que hacía, incluso cuando el tema era difícil.

Esta combinación ayuda a comprender su papel en la infectología. Trabajar ante lo desconocido no significaba estar libre de miedo o duda. Significaba seguir buscando respuestas y acompañando a las personas mientras el conocimiento aún se transformaba.

A principios de la década de 2000, Henrique participaba en investigaciones clínicas sobre VIH y SIDA en la universidad. La universidad participó en los estudios de tratamiento y en la observación de la evolución de la enfermedad. La trayectoria contada por la familia tiene una dimensión pública: el médico en las conversaciones domésticas participó de un esfuerzo colectivo de asistencia e investigación.

Este trabajo no se hizo solo. Dependía de otros médicos, investigadores, profesionales de enfermería y profesionales de distintas áreas, además de las personas atendidas. El trabajo de cada miembro fue brindar asistencia y buscar respuestas.

El trabajo en un hospital de día ofrece un ejemplo concreto. Henrique participó en un servicio que buscaba ofrecer a los pacientes de infectología un seguimiento multi-



Henrique en una presentación para profesionales de la salud.

disciplinario más individualizado. El equipo reunió experiencias diferentes y aprendió de la atención prestada a lo largo de los años. La asistencia se construía mediante el trabajo de muchas personas.

Había allí la preocupación de que pasó su estancia en el hospital tal: cómo vivía la gente después de irse

desde allí. La atención requería continuidad. El éxito de un tratamiento no hacía innecesario acompañar a quien lo necesitaba.

En 2004, un taller sobre papel reciclado reunió a pacientes con VIH. Henrique coordinó el proyecto piloto y la Unidad de Investigación Clínica del SIDA; la propuesta del taller había sido concebida y ejecutada por un terapeuta ocupacional del equipo. El encuentro entre actividad terapéutica, convivencia y asistencia muestra la variedad de trabajos necesarios para cuidar a alguien. El taller sumó una actividad de continuidad y convivencia al tratamiento.

La oficina ofrece esta misma atención a menor escala. André valora la capacidad del padre para escuchar la historia, observar al paciente y construir hipótesis. A veces, desde la habitación de al lado, escucha risas provenientes de la consulta de Henrique. Para el hijo, este sonido es parte de la medicina que admira: el encuentro no termina con el problema que llevó a la persona hasta allí.

Si surge alguna pregunta, André puede abrir la puerta y pedir ayuda. No dejó de ser médico porque pudiera llamar a su padre. Al contrario, conoce el valor de tener a alguien cerca en quien pensar. La experiencia compartida sigue creciendo.

“Papá, ven a ver un caso aquí, ayúdame”.

La petición, recordada por André, es sencilla. Contiene décadas de entrenamiento y confianza. El niño que acompañó a su padre al hospital se convirtió en un colega capaz de reconocer lo que aún puede aprender.

Uno de los primeros recuerdos de este entorno es un guante lleno de aire. André era pequeño, estaba en un hospital y alguien le ofreció el guante inflado. El objeto, elaborado a partir de algo tan común en la práctica médica, pasó a asociarse con la entrada a ese mundo. El hospital podría dar miedo; también podría contener un gesto de bienvenida.

Más tarde, una escena en la carretera haría explícita la elección profesional. La familia se dirigía al Mar de las Pampas cuando se encontró con un accidente en la costa norte. André era un adolescente. Henrique se detuvo para ayudar y, con la participación de un camionero, brindó asistencia a las personas involucradas.

André no pretende recordar exactamente todos los movimientos de ese incidente. La certeza que conserva es otra: ese día decidió estudiar medicina. Ver actuar a su padre concretó una posibilidad que hasta entonces había conocido a través de conversaciones, visitas y observaciones.

André conservó lo que presencié y la decisión que tomó a partir de allí. La voluntad de detenerse fue suficiente para permanecer como un acontecimiento fundacional en su memoria.

La medicina de Henrique también lo llevó a la administración pública. Entre 1993 y 1996 participó en la gestión municipal de salud. Recuerda haber dudado ante la invitación y luego haber aprendido a reunir a personas capaces de hacer ciertas cosas mejor que él.

Era un requisito diferente a la consulta. En un equipo, conocer los límites de la propia competencia también forma parte del trabajo. Elegir bien con quién contar puede ser tan decisivo como saber responder.

En la familia, este largo viaje se traduce en una expresión recurrente de André: el padre es su refugio seguro. No porque elimine todas las dificultades, sino porque queda alguien a quien recurrir cuando se enfrenten a ellas.

Lúcia, en el centro de la vida

BEATRIZ SE ESFUERZA POR interrumpir cualquier versión de la historia en la que el padre aparezca solo. Cuando habla de él, pide que también hablemos de Lúcia.

El recuerdo de la hija no es el de una presencia decorativa junto a una carrera. Es el de una mujer que participó en la construcción de esa vida, organizó su familia, acogió a las personas y mantuvo su propia personalidad en una relación entre dos temperamentos fuertes.

Según Beatriz, la relación de sus padres comenzó antes de que Henrique ingresara en la universidad. Ella sitúa el matrimonio en 1969, durante la residencia de él. La vida cotidiana acompañó sus primeros pasos profesionales, su etapa en Santa Fe, el nacimiento de su hija y la mudanza a Rosario. Después llegaron André y Eduardo.

Lúcia aparece tanto en las grandes decisiones como en el trabajo repetido que hace que una casa funcione. Los niños crecieron dentro de los efectos de este cuidado.

André también la recuerda como profesora universitaria. La información amplía el retrato: Lúcia tenía un trabajo y una vida más allá de ser esposa y madre. Los niños asocian esta actividad con una mujer que también tenía intereses y responsabilidades fuera del hogar.

Para Helena, cuya familia de origen estaba lejos de la Rosario, acoger a sus suegros tenía una importancia concreta. Sabía que podía contar con ellos y destaca especialmente a su suegra. En sus recuerdos, Lúcia aparece en el cuidado de Lucas, en visitas y en gestos que transforman el parentesco en apoyo.

Una sopa tomada cuando el nieto tenía gripe dice algo que la palabra “generosidad”, por sí sola, no puede demostrar. Alguien vio una necesidad, preparó algo y estuvo presente. El cuidado entró en la casa a través de una pequeña acción, sin necesidad de anunciar su propia importancia.

Las nietas conservaron otro conjunto de escenas: dormir en casa de los abuelos, ser acogidas, conversar, rezar con la abuela, viajar. En la playa, los dos organizaron las estaciones que pasarían a formar parte de la infancia de las niñas. Henrique está en juegos, en el mar y en historias; Lúcia participa de la estructura afectiva de estos recuerdos, de las comidas y de la presencia que hizo posible quedarse.

Beatriz reconoce la admiración que existía entre los padres. También reconoce la fricción. Eran personas con personalidades fuertes, que no estaban de acuerdo en todo. Una vida compartida durante décadas no pierde valor cuando se admite que hubo diferencias. Se acerca más a lo que los niños realmente experimentaron.

El propio Henrique añade una observación difícil a la historia. Cuando piensa en arrepentimientos, reconoce haber dedicado energía a otras actividades y haber dejado a su familia, por momentos, en un segundo plano. Al hablar de Lúcia considera que quizás no le ayudó a cumplir todos sus sueños.

La realización de Henrique podría coexistir con oportunidades que el Lúcia no tenía. Su gratitud también incluyó reconocer el costo de las decisiones tomadas a lo largo de la relación.

La muerte de Lúcia fue repentina y afectó profundamente a la familia. Eduardo recuerda la dureza de haber participado en ese momento e intentar ayudar. Para los niños médicos, el conocimiento no los protegió de la experiencia de perder a su madre. La experiencia fue uno de los recuerdos más difíciles de todos.

Para Henrique, la ausencia también cambió las dimensiones de la casa. Los espacios que antes pertenecían a una rutina compartida empezaron a parecer demasiado grandes. Pero ese es un capítulo posterior. Antes de llegar a él, Lúcia merece permanecer plenamente presente en su propia



Henrique y Beatriz. Padre e hija en una fotografía. familia.

vida: la profesora, la madre, la abuela, la mujer de fuerte personalidad, la que acogió a una nuera y apareció con una sopa, aquella cuyos propios sueños su marido empezó a mirar con más atención.

Es esta presencia la que Beatriz pide preservar. La historia de Henrique se vuelve más verdadera cuando la voz de Lúcia también se escucha en ella.

El padre que llegó por la puerta.

EL RUIDO DEL portón anunciaba a Henrique antes de que entrara en casa. Eduardo recuerda a los tres hermanos frente al televisor, cada uno buscando una señal cuando percibían la llegada del padre. Como era el menor, observaba a Beatriz y André y se apresuraba a seguirlos.

Este padre exigió. Esperaba esfuerzo, comportamiento, responsabilidad. Su presencia reorganizó la casa.

Eduardo cuenta la escena con humor, pero no oculta el rigor. Ser el más joven le dio una posición de observador: veía los errores de sus hermanos y sus consecuencias antes de tomar sus propias decisiones. Aprendió tanto de lo que dijo su padre como de lo que les pasó a los otros dos.

Beatriz, la mayor, tuvo que negociar su camino sin este juicio previo. Su padre quería verla como médico. Comenzó con agronomía y luego eligió odontología. La búsqueda implicó fricciones, diferentes expectativas y la necesidad de construir una profesión que fuera la suya.

Al hablar de su padre, Bia no elimina la palabra «severo». La coloca junto a otras: inteligente, vibrante, generoso. La proximidad entre ellas es importante. La generosidad no hizo desaparecer la exigencia; la exigencia no agotó al hombre.

Al llegar a casa también podría haber una oferta para cenar fuera. Beatriz recuerda los viernes en los que su padre quería gastar lo ganado ese día con su familia, en un buen restaurante elegido junto a sus hijos. El mismo hombre que exigía esfuerzo gustaba de compartir el placer de haberlo hecho.

Los recuerdos dan al dinero sentidos diferentes. Podía guardarse y motivar bromas sobre el ahorro; podía pagar la formación, abrir posibilidades y reunir a las personas alrededor de la mesa. Los hijos reconocen como parte decisiva de lo que reci-

bieron la oportunidad de estudiar y de organizarse para su propia vida.

Ese apoyo continuó cuando la vida adulta no transcurrió según lo planeado. Beatriz cuenta que, cuando se separó de su marido y tenía dos hijas pequeñas, contó con su padre para reorganizar su estructura familiar. Lo que recuerda es la posibilidad de empezar de nuevo sin estar sola.

También encuentra a Henrique en el trabajo bien hecho. Al observarlo atender, reconoce su disposición a estar allí para una persona y hacer todo lo posible. Este es un lugar donde el afecto entre hija y padre se encuentra con la admiración por el profesional.

André se acercó a la medicina por otra vía. Desde niño quería acompañar a su padre en sus visitas al hospital. Durante viajes o compromisos familiares, cuando Henrique necesitaba detenerse para hacer una visita en el hospital, André quería bajarse del coche y entrar con él. La elección de la infectología convertiría esa cercanía en una convivencia profesional duradera.

El esfuerzo no faltó. André le da crédito a su padre por desempeñar un papel importante al insistir en que completara su doctorado y revisara su trabajo. Recuerda la defensa realizada desde casa de sus padres, durante el inicio de la pandemia, con Lúcia aún vivo. La casa familiar también recibió un reconocimiento académico.

Eduardo eligió urología. Cuando busca un momento especialmente feliz, recuerda su aceptación en la residencia de cirugía general de la universidad. Fue su propio logro, que también sabía que podría alegrar a su padre.

Pero el más joven no da una descripción acrítica. Dice que Henrique podría ser terco y tener dificultades para admitir un error o cambiar una decisión. A veces, cambiar de rumbo parecía significar debilidad. Eduardo reconoce esta rigidez y se da cuenta de que se ha suavizado con el tiempo, especialmente tras la llegada de los nietos.

El propio Eduardo nota en sí algunas herencias menos cómodas. Preparar el maletero antes de un viaje puede ponerlo nervioso. Una maleta atravesada, fuera del lugar deseado, basta para que reconozca al padre en sus propios gestos. Necesita contenerse para que la organización no estropee el comienzo del paseo.

También hubo momentos en que Henrique era el aprendiz. Eduardo recuerda las lecciones de natación con su padre y, posteriormente, experiencias con el tenis. el hombre tan

seguro ante otros problemas, necesitaba lidiar con golpes difíciles y bolas mal pegadas. En el tenis, le irritaba su propio error y podía llevar su frustración de una jugada a otra.

Al hijo le divierten estas escenas porque abren una brecha en la autoridad. El padre lo intentó, se equivocó, insistió. Estaba junto incluso cuando no lo estaba haciendo particularmente bien.

Cuando termina de contar, Eduardo llega a un mensaje corto. Después de tantos episodios, no es necesario organizar un elogio grandioso.

"Creo que el mensaje es que nada ha pasado desapercibido. Y estoy agradecido".

La puerta, los estudios, el viaje, los honorarios, la presencia: nada pasó completamente desapercibido. El agradecimiento que viene después sabe más cosas que la obediencia de la infancia.



Henrique con sus tres hijos, en la oficina. Desde la vida familiar, sus propias trayectorias en odontología y medicina.

Las casas de la memoria

Mar de las Pampas, España y el mundo de los nietos.



La casa de Mar de las Pampas, en recuerdos familiares.

El camino de Mar de las Pampas

ANTES DE CONVERTIRSE en el lugar de las vacaciones, la casa de Mar de las Pampas estuvo en obras. Eduardo recuerda los viajes a la costa con el coche cargado de materiales de construcción y toda la familia dentro. A veces también iba el abuelo carpintero. La playa ya era una promesa de disfrute, pero había trabajo que hacer antes de poder simplemente quedarse.

Henrique vincula la compra del terreno a un acuerdo recibido al final de un período de colaboración con la facultad de medicina de Rafaela. El dinero inesperado encontró otro destino: una casa en la costa. En la memoria de los niños, esta construcción se remonta a principios de los años 1980. Las fechas exactas varían; La experiencia colectiva es clara.

Tomaron materiales, monitorearon el trabajo, opinaron y disfrutaron de la playa. La historia de la carpintería, que parecía haberse alejado con la elección de la medicina, volvió a la vida familiar a través de su abuelo. El conocimiento de una generación todavía tenía un lugar en el proyecto de la siguiente.

Beatriz recuerda una casa sencilla, sin la disponibilidad de teléfono y televisión que luego se volverían comunes. El tiempo allí debía ser ocupado por las personas que estaban presentes. Si llovía, la familia se quedaba.

Eduardo guarda una invitación recurrente de su padre: quitarse los zapatos, ponerse pantalones cortos y salir bajo la lluvia. Dice que ha conservado ese gusto. Entre las muchas cosas que se transmiten en una familia, algunas no necesitan explicación. Permanecen en el cuerpo que, años después, todavía acepta mojarse.

Había, sin embargo, una actividad de la que los hijos intentaban escapar. Henrique se acomodaba en la hamaca con una antología de poesía gallega y llamaba al primero que encontraba para que escuchara. La lectura tenía un público involuntario. Cuando aparecían el libro y la hamaca, aumentaban las ganas de estar en otro lugar.

Eduardo bromea diciendo que su padre terminó la casa, pero no terminó el poema. Es una versión familiar que Henrique sin duda podría refutar: él dice que leyó la obra tres veces. El humor está precisamente en la diferencia entre quien leía y quienes eran llamados a escuchar.

El poema presentado por el abuelo cruzó así otra generación, aunque no siempre encontró un entusiasmo inmediato. El propio Henrique tampoco se había enamorado de él en la primera lectura. El texto le resultó difícil, tuvo que insistir y, más tarde, encontró la manera de comprenderlo mejor en una edición explicada.

La casa de playa albergaba otras formas de encuentro. André recuerda surfear con Henrique al final de la tarde. Los hermanos construyeron allí una colección de temporadas, amigos y viajes que no se limita a la construcción ni al paisaje. Cada regreso añadía algo al lugar.

Cuando llegaron las nietas, el Mar de las Pampas adquirió nuevos sonidos y otro tamaño. Durante la semana infantil, los abuelos llevaron a las cuatro niñas a la costa. El viaje comenzó dentro del auto, con conversación, música y la cantidad de cosas que una familia necesita transportar para pasar unos días fuera.

Sofía asocia uno de estos momentos con una canción que sonó en el camino. Clara recuerda el auto completo y el canto. El camino no era sólo un espacio entre dos casas. Era parte del tiempo en el que todos estaban juntos.

En la playa, el abuelo podía sorprenderse con agua. A la vuelta, había arena en los pies y el olor a barbacoa que Clara todavía asocia a aquellas vacaciones. el problema de



Henrique y nietas en un viaje familiar.

La arena acabó teniendo una solución práctica: una ducha para limpiarse los pies. Una pequeña adaptación de la casa empezó a llevar el recuerdo de los niños que la utilizaron.

Elisa recuerda que iba con su hermana sobre los hombros de su abuelo hasta una parte del mar que les parecía muy lejana. Para ellas, era casi una expedición. Para él, el

agua todavía le permitía mantenerse de pie. La diferencia de tamaño entre adulto y niño también producía una diferencia en la aventura.

En los días de lluvia, había juegos en la sala. Era necesario volver a enseñar ajedrez porque las niñas lo olvidaban entre temporadas. El abuelo reanudó su explicación. La enseñanza no siempre se siente como una línea que avanza; A veces hay que volver al principio para que la empresa pueda continuar.

Clara almacena olores y juegos. Elisa protege el mar desde arriba. Son descripciones de un mismo lugar que no podrían sustituirse entre sí.

Para los primos Miguel Azevedo y Augusto, procedentes de España, el Mar de las Pampas también se convirtió en una experiencia acogedora. La familia que alguna vez estuvo separada por el océano ahora podría reunirse en el lado argentino. La casa fue capaz de recibir otras versiones de la misma historia.

Curiosamente, cuando le preguntan por su refugio más íntimo, Henrique elige la casa española de su abuelo. Para sus hijos y nietos, la playa ocupa un lugar que quizá él mismo no le concede de la misma manera. Esa diferencia revela lo que una casa puede hacer: volverse más importante en la memoria de quienes fueron acogidos en ella de lo que su dueño llegó a percibir.

España, otra vez

EL ACENTO SUELE SER el primer cambio que percibe la familia. Cuando Henrique llega a España y se encuentra con sus parientes, su forma de hablar se acerca a la del lugar. Sus hijos lo comentan con humor; sus nietas reconocen la alegría de verlo allí.

Su primo Miguel Azevedo introduce un matiz. No considera que Henrique esté representando un papel español. Ve autenticidad a ambos lados del océano. El cambio de entonación acompaña una convivencia que sigue existiendo, incluso cuando pasan largos períodos a distancia.

Eduardo se reconoce en ese vínculo y afirma sin vacilar que es argentino. Las dos cosas caben en la misma respuesta. Recuerda que su padre tramitó la ciudadanía española de los hijos cuando ellos aún no comprendían plenamente lo que significaría. Mucho antes de que España se convirtiera en un destino frecuente en las conversaciones de otras personas, ya había allí primos, tíos y abuelos a quienes visitar.

Los viajes seguían la geografía de las relaciones. Lugo y la región de la familia no eran solo puntos interesantes de un itinerario. Eran lugares donde alguien los esperaba y donde Henrique podía mostrar lo que había existido antes de la vida que sus hijos conocían en Argentina.

Les mostraba la casa, la aldea y el lugar donde recogía fruta. Clara recuerda a su abuelo recogiendo mandarinas y contando historias. Sofía percibió la emoción con la que presentaba la casa de su infancia y el jardín. Las nietas oían hablar de un niño; ante aquellos lugares, lograban acercarlo al hombre que caminaba con ellas.

Lucas también participó en esos regresos. Una fotografía conserva juntos al abuelo y al nieto, entre la casa y la vegetación de la región donde creció Henrique.

Augusto, a su vez, describe la satisfacción de su sobrino al probar el vino que producido. Podría haber etiquetas más comunes. conocido. Henrique estaba interesado en ese vino, elaborado por alguien de la familia.

El gusto estuvo acompañado de una relación.

El tío también recuerda las comidas y los platos. de la región, como la chanfana. las visitas Pasado por mesas, conversaciones y el hospital. tal cosa que se devuelve. cuando viajaste a Argentina, Augusto estaba preocupado por no dar trabajo. Henrique le dio la bienvenida a casa, déjalo lo hizo sentir cómodo y le ofreció recursos para que haya disfrutado de su estancia.

“Mi hotel está en casa de Henrique”, resume Augusto, repitiendo la idea con la confianza de quien sabe que puede llegar.

Con sus nietas, España también se desvió de los caminos preferidos de Henrique. Elisa recuerda un viaje a Sierra Nevada donde esperaban nieve y encontraron hielo. Las chicas se cayeron, se divirtieron y él estaba preocupado. El abuelo, que prefería estar cerca de su familia en Lugo y en A Coruña, se había ido a la montaña para acompañarlos.

Clara guarda el recuerdo de la primera nevada de su vida. Eligió dormir en la habitación de sus abuelos y, cuando despertó con ellos, vio nieve fuera de la ventana. También recuerda un viaje en el que Henrique preparó conjuntos similares de gorros, guantes y bufandas para sus primas. No fue suficiente con llevárselos; Pensó en lo que necesitarían usar.

La música tradicional gallega ofrece a Henrique otra forma de regresar. Recuerda a los familiares que cantaban, una tía cuya voz admiraba y el amor que conservaba por esta música. Entre sus preferencias menciona una antigua cantiga gallega. Los niños también asocian la casa con la voz de una cantante de música tradicional gallega.



Henrique de viaje, con una copa de vino.

Helena dice que Lúcia reconoció un día más introspectivo cuando se despertó escuchando música tradicional gallega. La música era un tema familiar, percibido por quienes conocían su forma de ser.

España podría estar en un disco, en una conversación con Augusto, en una mesa de vino, en el acento o en el jardín mostrado a los nietos. También podría ser un plan aún por realizar: pasar una temporada más larga en el Lugo, sin las prisas de una visita corta.

Después de tantas idas y venidas, el país no acababa de pasar a la historia. Continuó ofreciendo una posibilidad para el futuro.



Una tarde en el muelle, en España.



Henrique y Lucas en España. Los viajes acercan al nieto a la historia y los afectos de su abuelo.

Lo que saben los nietos

HAY AL MENOS cuatro candidatas al puesto de nieta favorita. Cuando Henrique se entera de la disputa, no muestra ninguna sorpresa. Admite haber dicho lo mismo a todos y le divierte el resultado.

“Peor de lo que creen, ¿verdad?”

Clara, Alice, Elisa y Sofia tienen sus propias razones para apoyar sus posiciones. Cada una conoce a un abuelo que vivió situaciones especiales con ella. El juego funciona porque la atención recibida parece privada, incluso cuando se repite el repertorio del abuelo.

Clara, la mayor, también es su ahijada. Su historia con él incluye viajes, cumpleaños, aprendizaje en el hospital y noches pasadas en casa de sus abuelos. A los quince años, recibió un viaje a Vancouver. El plan inicial era que fueran solo los dos; el grupo terminó incluyendo a su padre y a su hermana. Ella recuerda haber caminado mucho, paseado y reído. La ciudad quedó ligada a la experiencia de estar con ellos.

La vida más reciente también ofreció salidas que transcurrieron según lo planeado. En una visita a la casa club, Henrique y sus nietas esperaban una charla sobre espiritualidad. Encontraron una actividad con bailes, juegos de espejos y abrazos entre los participantes.

Se sumó a la propuesta. Las niñas rieron con su abuelo quien se permitió hacer algo diferente a lo esperado. Después fueron a comer sopa. Clara y Sofia cuentan este episodio como un recuerdo compartido: lo que lo hizo especial fue la sorpresa vivida juntos.

Alice conoce tanto el chiste como la parte molesta. Cuando caía, en ocasiones recibía aplausos de su abuelo y un comentario de “bien hecho”. Cuando era niña, le molestaba. Mientras lo cuenta, se ríe. El paso del tiempo cambió su relación con

la escena, sin necesidad de decir que siempre le pareció divertida.

Alice también asocia a Henrique con el olor de los periódicos, las casas de la familia y la experiencia de verlo atender. Pasó tres meses observando consultas, con el privilegio de hacerle preguntas a su abuelo mientras se acercaba a la profesión. El conocimiento que admiraba a distancia adquirió procedimientos, atención y razonamiento.

Elisa, la hermana gemela de Alice, conserva al abuelo del mar, del ajedrez y de los viajes. Observa los lugares y la forma en que él cambia en compañía de sus nietos. Sus recuerdos combinan diversión y cuidado: el adulto que acompaña una aventura también se preocupa por las caídas en el hielo.

Sofía habla de su abuelo que llamó antes del examen de acceso para desearle suerte y después para saber cómo le fue. No se trataba sólo de celebrar la aprobación cuando todo estuviera resuelto. Él llamaba durante ese intervalo incierto, cuando aún quedaba una prueba por hacer y un resultado por esperar. También nota el humor puro, los comentarios que a él mismo le parecen divertidos. Reconoce ternura y falta de ceremonia en un mismo hombre. Las cuatro niñas tienen un abuelo amigable, con hábitos y frases que no estaban preparadas para un homenaje.

Cuando se contaron estas historias, los cuatro estudiaban medicina. La coincidencia despierta orgullo en la familia, pero cada uno va recorriendo el rumbo por su cuenta.

Lucas, el nieto más joven, apunta en otra dirección. Le gustan las ciencias exactas y considera la ingeniería. Henrique reconoce este interés y dice que evita hacer demasiadas conjeturas, dejando espacio para la orientación de los padres y otras personas.



Una noche de socialización en el sofá. La fotografía conserva la inscripción familiar sobre dormir en la casa del abuelo.

gente de familia. La posibilidad de un futuro diferente también es parte de lo que puede ofrecer.

Con su abuelo, Lucas realiza recorridos por la granja. Recogieron frutas, vieron las ciruelas, alimentaron con maíz a las gallinas y charlaron durante el camino. Asocia esta empresa con la atención a la naturaleza y las historias de viejas amistades en España.

La convivencia demuestra al nieto que los amigos no pertenecen sólo a la época en la que se hicieron. Es necesario seguir buscándolos, recordándolos y recibéndolos. Henrique mantiene vínculos que comenzaron mucho antes de que naciera Lucas, y el niño puede verlos todavía en movimiento.

Las reuniones familiares no suspenden las diferencias. Alice es hinchada del Unión del Parque, por influencia de su padre, y bromea con su abuelo, hinchada de Atlético del Litoral. La rivalidad cabe en el afecto.

En las fotografías aparecen en la oficina, en el sofá, en restaurantes y de viaje. Hay una noche en el sofá, reuniones en la oficina, viajes y manos levantadas durante un partido. La colección renuncia al requisito de que cada imagen sea una ocasión extraordinaria.

Una de las cosas que los nietos saben, al fin y al cabo, es cómo él ocupa un día cualquiera. Saben qué prefiere comer, cómo ríe, qué comentario puede hacer y a quién le gusta llamar. Esa intimidad no cabe en un currículum. Es una forma de conocimiento construida por repetición.

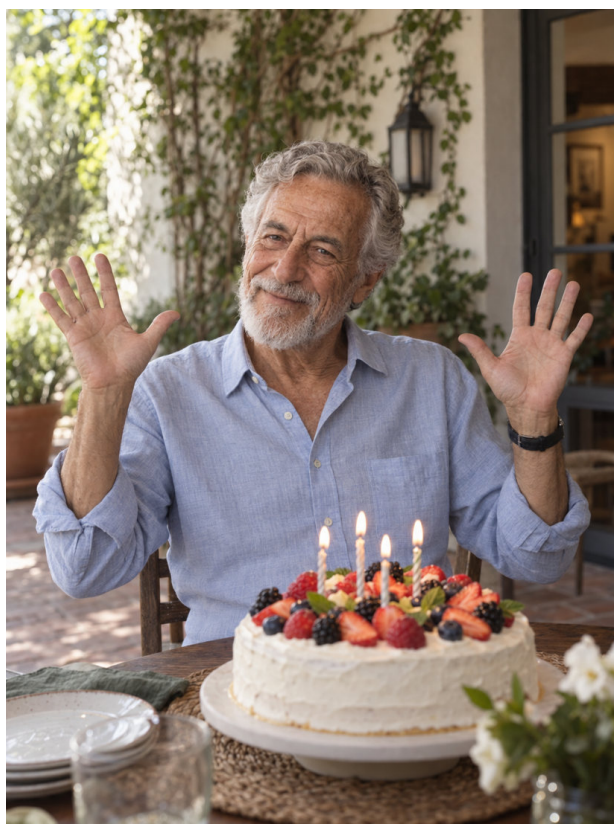
Y por eso todo el mundo tiene argumentos para considerarse especial. El abuelo repitió la frase; la vida compartida regalaba a cada persona un recuerdo que era sólo suyo.



Henrique con sus cuatro nietas en el consultorio. En aquella época, todas estudiaban medicina.

todavía hay mañana

Ausencia, nuevos comienzos y días normales.



Henrique en una celebración familiar, en un gesto que la familia mantuvo.

Cuando la casa cambió de tamaño

DESPUÉS DE LA MUERTE DE Lúcia, la casa parecía demasiado grande. Henrique describe la vida que quedó allí como si cupiera en unos pocos lugares: media cama, la sala de televisión, la oficina.

La planta de la casa no había cambiado. La forma de habitarla, sí. Quienes lo conocían como un hombre capaz de orientar y decidir también vieron su vulnerabilidad. Clara cuenta que la familia pasó una temporada muy cerca, durmiendo en casa de su abuelo. A veces iba a su habitación para comprobar si estaba bien. Fue entonces cuando lo vio llorar, una imagen poco habitual en sus recuerdos.

Elisa recuerda a la familia reunida en silencio. Alice recuerda las cenas que le preparaba su madre. Son distintos gestos de acercamiento, sin intención de encontrar una frase capaz de resolver la pérdida.

Durante años, Henrique y Lúcia cuidaron de sus hijos y nietos. Ahora, los más jóvenes buscaban formas de mantenerse cerca. La relación no se revirtió completamente; añadió una posibilidad. Quienes siempre habían ofrecido apoyo también pudieron recibirlo.

Para los niños, perder Lúcia significó lidiar con la ausencia de su madre y acompañar a su padre frente a ella. Eduardo habla de la dureza de ese momento sin disimular la emoción. Beatriz busca reconocer lo que la madre había sostenido en la familia y el impacto que tuvo su muerte en todos.

Al mirar hacia atrás, Henrique no encuentra solo logros. Encuentra el tiempo que le habría gustado distribuir de otra manera. La reflexión sobre los sueños de Lúcia pertenece a esa capacidad de revisar su propia historia sin exigir que todo en ella haya sido justo o suficiente.



Henrique y nietas en una reunión familiar.

Nada de esto puede solucionarse con una explicación tardía. Pero puede cambiar la atención que se presta al tiempo que queda. Esta percepción aparece junto con la decisión de volver a vivir de una manera más amplia.

Después de un período solo, Henrique decidió reorganizar su vida. La expresión que utiliza tiene humor: «Bajo nueva dirección». No es un decreto de felicidad instantánea-

nea. Es la manera que encontró de decir que no quería seguir limitado a aquellos pocos espacios de una casa grande.

Una nueva relación entró en esta etapa. La familia habla de la empresa y del bien que hace tenerla. El primo Miguel Azevedo ofrece una formulación cuidada: nadie reemplaza a nadie; los amores son diferentes. La nueva presencia no necesita competir con la memoria del Lúcia para ser valiosa.

El médico también volvió a hablar de sueños. Le gustaría pasar una temporada en España, especialmente en Lugo. A Teresa, su compañera, le gusta viajar, y los planes pudieron compartirse. Por ahora son proyectos, no viajes ya realizados. El futuro reaparece primero como conversación.

Helena percibe cambios incluso en la mesa. Durante mucho tiempo, asociaba a su suegro con un firme rechazo de ciertas preparaciones con crema y del risotto. Después lo vio comerlos. El detalle la obliga a revisar una certeza doméstica: él también cambia.

El episodio tiene la gracia de las transformaciones observadas de cerca. La familia no percibe el paso del tiempo solo en las grandes decisiones. También lo percibe cuando la persona ya no corresponde a la lista de preferencias que todos repetían. Sus nietas siguen siendo parte de su vida. Los amigos siguen reuniéndose. La oficina sigue siendo un lugar de trabajo e intercambio. Henrique habla de la satisfacción de ver bien a hijos y nietos, de recuperar la posibilidad de ser felices y de retomar deseos que quedaron para después.

El hombre que volvió a mirar hacia Lugo no dejó de llevar a Lúcia consigo en la memoria. Aprendió a hacer planes en una vida en la que ella ya no estaba física-

mente presente.

Y la casa, poco a poco, dejó de ser la única medida de lo que aún se podía vivir.

Los días que continúan

EL JUEVES existe la posibilidad de encontrarse con amigos. Clara conoce la rutina de su abuelo en el restaurante del club: la mesa, la compañía, el vino. Eduardo y Helena también reconocen este compromiso duradero.

El club, que alguna vez fue tan importante para la vida social de sus hijos, se convirtió cada vez más en su lugar. Eduardo nota el cambio. En su juventud, visitó constantemente la casa club y allí hizo amigos que mantuvo. Ahora, en determinadas etapas, es el padre quien está más implicado.

Para Eduardo, que no comparte en la misma medida el entusiasmo por el vino, la bebida tiene valor sobre todo para la ocasión. Le gusta el lugar y la gente con la que abre una botella. Esta observación también describe algo del placer del padre: el encuentro existe más allá de la etiqueta.

El Atlético del Litoral lleva mucho más tiempo pasando por esta rutina. Henrique recuerda haber ido al campo cuando era estudiante de secundaria. La relación con el club se extendió a paseos con los niños, partidos nocturnos, helados, palomitas y paseos al estadio.

Eduardo recuerda que su padre salía de la oficina e iba al partido con su ropa de trabajo. André, más pequeño, a veces se quedaba dormido durante los juegos posteriores. Aunque durmió en parte de ellos, seguía llevando consigo el recuerdo de haber partido.

El humor infantil incluye derrotas compartidas. Hubo muchas noches en las que para la empresa valió más la experiencia que el resultado. La pertenencia a un club, como otros lugares de afecto, se resiste a una simple contabilidad de alegrías.

Cuando hablan de ver al Atlético del Litoral campeón, hay una conquista reciente detrás de la emoción: el título del campeonato regional de 2025. La familia añade al resul-

tado una duración que la clasificación no muestra: la espera de quienes pasaron años animando juntos.

Está esa alegría colectiva y hay placeres más íntimos: escuchar música tradicional gallega, leer, conversar, regresar a España. Henrique no los describe como una lista de cosas terminadas. Todavía piensa en lo que le gustaría hacer.

Al recordar una antología de poesía gallega, cuenta la transformación de su lectura. Primero hubo dificultad. Después llegó otra forma de acercarse. Una edición comentada lo ayudó a enamorarse del poema. El recuerdo de leer a la sombra de un árbol en la sede del club muestra cómo el libro español también se instaló en el paisaje argentino de su vida.

El regalo de su abuelo siguió cambiando después de ser recibido. No era necesario comprenderlo todo al principio. El tiempo también forma parte de lo que un lector lleva consigo al acercarse a un libro.

Cuando le preguntan a Beatriz qué le gustaría volver a vivir, no necesita elegir un acontecimiento espectacular. Dice que le gustan los días corrientes. Imagina la presencia de su padre en la rutina, en la felicidad de trabajar y de estar con las personas.

Ese deseo ayuda a dimensionar lo que pide una familia al rendir homenaje. Preservar la historia no significa cerrarla. Significa prestar atención mientras todavía es posible llamar, hacer una visita, sentarse a la mesa y escuchar una vez más algo que quizá ya se haya contado.



Henrique y familia en una celebración.

Helena siente esto al grabar su mensaje. La situación amenaza con adquirir un tono de despedida, y ella se resiste. Prefiere invitarlo a aparecer más. Añade una petición muy concreta: se ha quedado sin vino de Galicia; él puede llevar una botella.

La frase devuelve el futuro a la escala de un encuentro. No hace falta planificar décadas para tener algo por delante. A veces todo lo que se necesita es una próxima visita.

Henrique habla de sus hijos, sus nietas, su nieto, lo que aprendió y lo que aún quiere. Acepta reírse de la preferencia repartida equitativamente entre las chicas. Habla de la felicidad sin excluir lo que perdió. La conversación termina, pero su día no termina con ello.

“Ahora voy a trabajar”.

Para los que vienen después

HENRIQUE RECIBIÓ la oportunidad de estudiar de sus padres y de su abuelo un libro y una lección sobre el tiempo. Con Lúcia, formó una familia. Al recordarla, reconoce su trabajo, sus deseos y sus elecciones en esta vida compartida.

Después vinieron otras personas. Alumnos que aprendieron a mirar a un paciente. Hijos que buscaron profesiones propias. Nietas que quisieron conocer su trabajo. Un nieto al que pueden gustarle las ciencias exactas y que, aun así, lleva al abuelo en las conversaciones y los paseos. Familiares españoles que siguieron encontrando un hogar del lado argentino.

La continuidad no requiere copias. Beatriz no necesitaba ser médico para recibir algo importante de su padre. Eduardo puede reconocer la terquedad heredada e intentar hacer las cosas de manera diferente. Lucas puede elegir otra embarcación. Los estudiantes pueden realizar una forma de escuchar sin repetir todas las opiniones de quienes les enseñaron.

Quizás esta sea la parte más generosa de la siembra: no controlar todo lo que crecerá.

La fotografía familiar en la oficina une estas vidas. En la memoria de cada persona aparecen los trabajos, exigencias, juegos y encuentros que dieron sentido a esa cercanía.

Para Augusto, él también sigue siendo el chico que se fue. Para André, está al lado. Para Bia, encaja en un día cualquiera que valdría la pena revivir. Para sus nietas, es el hombre que hace creer a cada una que ocupa un lugar único. Él mismo sigue siendo alguien capaz de soñar con el Lugo.

Los pinos del abuelo tardaron décadas en crecer. La historia que el Henrique deja en las personas también tiene su propio tiempo.

Una vida en el tiempo

- 1942** **El comienzo en España.** Henrique nació en una región rural cercana a Lugo, entre familiares, tierra, agua y trabajo manual.
- Finales de 1950 y comienzos de los años 1950** **La travesía.** A los ocho años, deja España, pasa por Vigo y viaja en barco durante dieciocho días. La familia se establece en Rosario; el colegio marca sus años escolares.
- 1962** **Medicina en Córdoba.** Ingresa a la escuela de medicina. Los estudios y la experiencia clínica guían la elección de las enfermedades infecciosas.
- Finales de la década de 1960** **Formación y matrimonio.** Después de graduarse, realiza su residencia en Buenos Aires. En 1969 se casó con Lúcia.
- Antes de 1971** **Santa Fe.** Cerca de dos años de docencia médica, durante los cuales nace Beatriz, la primera hija.
- 1971** **Universidad y Rosario.** Henrique se traslada a la universidad, donde desarrollará una carrera como docente e investigador.
- Principio de los años 1980** **Mar de las Pampas.** La familia participa en la construcción de la casa de playa, que se convertirá en un lugar de encuentro durante décadas.
- 1993 a 1996** **Salud pública.** Participa en la gestión sanitaria municipal y aprende a agrupar a profesionales de diferentes áreas.
- 1999** **Profesor titular.** Asume el cargo después de años de docencia, investigación y asistencia.
- 2002 a 2018** **Investigación y asistencia.** Años de investigación sobre VIH y SIDA, iniciativas terapéuticas, atención en hospitales de día y trabajo en equipo.

2012 Jubilación universitaria. La universidad lo honra entre los maestros jubilados. La oficina continúa.

2025 La alegría del Atlético del Litoral. El club conquista el campeonato regional, y la celebración se suma a décadas de afición compartida en familia.

A los 83 años **Continuidad.** Henrique habla sobre la práctica, sus amigos, sus nietos y su deseo de pasar un tiempo en Lugo.

Las voces de la familia

Henrique y Lúcia son el centro de esta familia. La presencia de Lúcia surge a través de los recuerdos de quienes vivieron con ella.

Beatriz, o Bia, la hija mayor, siguió la odontología. Es madre de las gemelas Alice y Elisa. Sus recuerdos guardan la fuerza de Lúcia, las diferencias entre padre e hija y el apoyo que recibió al reorganizar su propia vida.

André, el hijo mediano, se convirtió en especialista en enfermedades infecciosas. Es el padre de Clara y Sofia. Su memoria reúne su infancia cerca del hospital, su decisión de estudiar medicina y su cercanía profesional con su padre.

Eduardo, el más joven, es urólogo. Su esposa, Helena, conoció a Henrique como maestra antes de tenerlo como suegro. Los dos son padres de Lucas. Sus voces suman humor, gratitud, acogida y la experiencia de seguir los cambios a lo largo de los años.

Clara, Alice, Elisa y Sofia se encontraban estudiando medicina en el período reportado. Lucas considerado ingeniería. Así eran los estudios y planes de todos cuando se contaron estas historias.

Augusto Azevedo, tío materno de Henrique y casi de su misma edad, guarda recuerdos de su infancia española y de su separación. Su hijo, Miguel Azevedo, es primo de Henrique y testigo de los reencuentros entre España y Argentina.

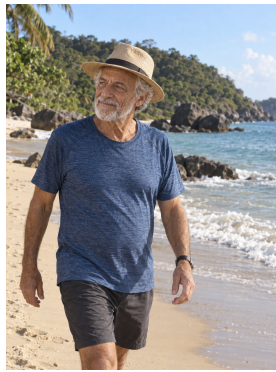
album familiar

Fotografías de Henrique y las personas que forman parte de su historia.













ESTA EDICIÓN

Médico Henrique

Doctor Henrique: una vida dedicada a la medicina y la familia. Edición de demostración, septiembre 2026.

Adaptación de una biografía creada con el Qamani basada en una historia real. Personajes de ficción e imágenes generadas por IA.

Díálogos adaptados. Tipografía Charis SIL. Formato 18 × 25 cm.

A todas las personas que contaron, preservaron y compartieron estos recuerdos.

